

JORGE RODRÍGUEZ PADRÓN, *Salvando las distancias*, La Laguna (Tenerife): Altasur Ediciones, 2002, 214 pp. ISBN 84-95926-03-2.

Acaba de publicarse en las ediciones Altasur *Salvando las distancias*, un libro del reconocido crítico de literatura Jorge Rodríguez Padrón. Según las palabras iniciales del autor, se trata de un conjunto de reseñas y breves aproximaciones al fenómeno de la escritura realizadas en su momento para la publicación periódica, y por tanto sujetas a la extensión y coyuntura de este órgano de difusión; en ningún caso, sin embargo, podremos hablar de miscelánea al considerar esta edición conjunta en formato libro, pues todos los «recortes» hilvanan un tejido único, y cada uno de sus patrones parciales fueron concebidos con arreglo a un único diseño final. El punto de mira en el que se sitúa el autor es, en efecto, el mismo: el de un lector actual que afronta el fenómeno de la literatura moderna en medio de diversos «ruidos» que vienen a enturbiar unas horas de lectura que debieran ser —y en otro tiempo así lo fueron— placenteras, gratificantes, aleccionadoras.

En este libro, la escritura de Jorge Rodríguez Padrón habrá resultado mordaz para aquellos que se acercaron a sus páginas buscando en el ámbito del ensayo una postura crítica como tantas, de acuerdo con cánones más o menos establecidos, bien escrita pero siempre recatada, capaz de exaltar aquí y allá los hallazgos rítmicos, técnicos o simbólicos de un poema y sin aportar gran cosa a lo ya dicho sobre un autor. A esos mismos lectores, su discurso les habrá resultado incluso insurgente y en exceso apasionado. Pero es que las miras de este estudioso rebasan con holgura los propósitos arriba mencionados, dado que persigue abordar de frente, sin máscaras, las muchas imposturas que hoy anidan en las letras, compromiso con el lenguaje y la literatura para el que poco valen las galanterías del decir y los circunloquios. Sacar a la palestra tan controvertido asunto supone hablar a las claras, no transigir con intereses de ningún tipo, y tener muy arraigado en sí el encantamiento de la verdadera literatura, hoy amenazada, ignorada, incomprendida en medio de la vocinglería editorial, y a la que es necesario distinguir por el simple hecho

de que no son intercambiables las sedas por una burda tela de saco.

El hilo único que va enlazando a Rulfo con Walser, Leopardi, Brecht, Antunes, Strindberg, Benjamin o Jünger, entre otros, es su deseo de apearse de la inmediata actualidad: «ser nada actuales, por fortuna: en la justa dimensión de la poesía». En segundo lugar, que se trata de «escritores malditos» —algunos—, en permanente exilio nómada —otros—, y todos ellos con obras nunca complacientes, a la búsqueda de un espacio libre y plural donde expresarse y expresarnos. En sus obras, lo novedoso o extraño o complejo se ha canjeado la condena general, pero por esto mismo nunca renunciaron al libro, un espacio que salvaguardaron no sin dificultades, un espacio mínimo pero infinito donde dieron rienda suelta a su creatividad sin ningún tipo de coerciones externas, donde alcanzaron el grado de libertad suficiente e imprescindible para escribir. Y un último nexo común entre estos autores —por otro lado tan dispares en estilo, idioma y cultura— lo constituye el hecho de la vibración oscura de sus voces, de siempre haber dado a la luz criaturas del desencanto, consecuencia inmediata de aquel progreso largamente anunciado por las grandes filosofías de la historia hoy fracasado, hijas por tanto de una época en que son muchas las ilusiones desmoronadas y muy turbio el futuro que para el hombre auguran la ciencia y la tecnología. Fue Baudelaire quien dijo que la argucia más diabólica del diablo es hacernos creer que no hay diablo. En diálogo con aquél, Claudio Magris apunta: «Tal vez una mirada despiadada sea hoy más necesaria que nunca». Porque en este delirio tecnocrático en el que estamos envueltos, con la discriminación del hombre por el hombre —del acomodado al sin recursos, del culto al iletrado—, con los nacionalismos y provincianismos cerriles que una y otra vez se complacen en menguar la riqueza de culturas y lenguas —«una construcción de señas de identidad para, con la disculpa de mostrar esas particularidades, cegarla en la contemplación de su propio ombligo»—, en medio de la perversión tenebrosa que ya enrarece toda visión, sea cotidiana o de mayor alcance, el poema y el relato habrán de escutar estas vergonzantes e intolerables verdades, habrán de



descender e iluminar los fantasmas más recónditos de nuestro ser. Lejos del «monstruo de la *novelería*» de una gran parte de las novelas que se ofrecen hoy en los escaparates de las librerías, Jorge Rodríguez Padrón añora las creaciones que incansablemente indagan su corpus y posibilidades, las que tienen en la memoria —como análisis, como interrogación instigadora— su motor inmóvil, las que fuerzan en cada verso o párrafo el sentido más llano y previsible de las palabras, las que no transigen con estereotipos, las que recrean el mundo en cada una de sus incursiones y, ante todo, «nos sitúan». Son *Pedro Páramo*, *Jacob von Gunten*, *Pensamientos*, *El círculo de tiza caucásico*, *Esplendor de Portugal*, *Camino de Damasco*, *Discursos interrumpidos* o *El libro del reloj de arena*, cumbres literarias y no fenómenos editoriales, *creaciones*, que nada tienen que ver con esa marabunta de producciones que se autodenominan literarias, esos productos que repiten estrategias y modelos con absoluta inercia, atentos a las exigencias del mercado, vacíos de pruritos formales pero, así y todo, suficientemente rentables.

Porque escribir (como todo camino de creación) es hallar respuesta para los problemas que surgen a cada paso en la existencia y en el pensamiento, y en el lenguaje que se apresta a decirlos: una verdadera aventura y no un dictado, ni una satisfecha demostración de sabiduría. Bien al contrario: la evidencia de los límites, la confesión de la incertidumbre ante la compleja hondura de ese territorio insólito abierto por la palabra y su profusa disgregación. No un oficio superior, porque nada consiguen en él los soberbios; una ejercitación en la inferioridad, en la humildad, en el balbuco. Es entonces cuando resplandecen los hallazgos mayores. Porque se escribe desde la soledad que es nada; y si algún poder le es concedido a quien lo hace, será el hallarse de bruces ante lo ilimitado, frente a lo inacabable. Vencedor del tiempo, el escritor es un ser apresado por el tiempo, y en la cruz de esa aparente paradoja brota —deslumbradora— su palabra.

En este «Aventurar la vida», pero también en «Ante una estética de la inmovilidad», «En Recanatti, un hombre», «La palabra en su ser», o —bien mirado— en todos y cada uno de los capítulos de *Salvando las distancias*, el autor redun-

da de una forma más explícita o soterrada en el vínculo —inmoderado, contemplativo, silencioso, absorbente— entre autor y obra, una alianza en la que aquél ha decidido pintar o escribir *para darse*, si es necesario hasta la consumación. Es en este punto en el que puede medirse la magnitud literaria de una obra, y no por la engañosa fábrica de opinión que ofrecen los suplementos culturales, ni por ese «gigantón de la cantidad» —como lo denominó Pedro Salinas— que ha irrumpido también en el terreno de las bellas artes. Especialmente crítico se muestra Jorge Rodríguez Padrón en este punto, cuando a la sensibilidad, la agudeza interpretativa, la libertad de opinión o el criterio de gusto para valorar una obra literaria se los sustituye por el factor estadístico: a más ventas, mejor libro. Es en este proceso imparable de industrialización cultural en el que se neutralizan unos y otros textos, unos y otros autores, apenas quedan contradicciones o diferencias, y todo con el argumento tan socorrido de la globalización. En *Salvando las distancias*, la literatura trasciende estos esquemas de acción que dominan la vida moderna: en ella no puede primar el efecto multiplicador de la producción en serie, ni la homogeneización de tonos o estilo, ni la eliminación de pequeños «defectos» de factura, ni la censura, el desguace o exterminio de ejemplares raros que no puedan empaquetarse bajo las etiquetas de venta consabidas y reconocidas por el usuario. Todo esto, garantía de un mercado que facilita y agiliza la compraventa, debiera quedar excluido del ámbito literario, o sería muy deseable e higiénico que así sucediera. La literatura, por tanto, no puede ser materia de culto para las masas, debiera declararse en retirada de este campo de batalla incruento y adentrarse libremente, a campo traviesa, por circuitos no transitados, áridos, desaconsejados para el cultivo, desdeñados por los colectivos humanos. Y las *res publicas* que quedan para los otros. Es evidente que Jorge Rodríguez Padrón es otro escéptico de la democratización de la cultura, porque un capitalismo planetario y voraz como el que sufrimos no le parece la atmósfera más propicia para la comunicación de valores filosóficos o estéticos.

*Salvando las distancias* es uno de los títulos iniciales de esta nueva editorial, Altasur, un proyecto ambicioso que pretende entablar un diá-



logo con otras latitudes más allá de su geografía insular, para lo que —en mi opinión— debiera haber cuidado mucho más el diseño de cubierta —que no es otra cosa que su carta de presentación ante el público— porque ya está bien de seguir arrastrando el semblante deslucido, tosco y sin estilo de buena parte de los libros que se publican en Canarias. Diremos, para concluir, que en *Salvando las distancias* se ponen en práctica dos ejercicios. Uno: de selección, en tanto que se señalan una serie de obras en las que es más importante lo que se dice y cómo se dice que quién lo dice, porque sus artífices se retiraron del mundo por el lenguaje, y porque en sus

obras la verdad es, casi siempre, una traición al lenguaje del mundo. Dos: un ejercicio de perspectiva, de fijación de un lugar para el recogimiento y el disfrute de la buena literatura. Porque, por similar convicción, Jorge Rodríguez Padrón —más que «salvar las distancias»— ha preferido mantener también una *distancia* prudente del batiburrillo mercantil, las proclamadas editoriales y la autorización del gusto, y permanecer a salvo en el tiempo *ad hoc* de esas horas que el reloj no mide, absorto en la actividad gratuita, amorosa y espiritual de sus lecturas.

MARIANELA NAVARRO SANTOS

